

te, en calidad de Jefe de Estado Mayor, de aquella avanzada que iba a ser la última. Todos iban camino de un cadalso, el del Cerro de las Campanas, que puso fin a la trágica aventura del Imperio.

Maximiliano sería allí la víctima de aquel drama, el señalado por una extraña confabulación de circunstancias para cumplir un destino fatal. No lo salvaría ni su propia voluntad que tuvo ante sí los medios para librarse y se mostró, empero, reacia para seguir otra trayectoria que la trazada.

Era un personaje de tragedia, y trágicamente debía terminar.

XXIII

QUERETARO

SEIS DÍAS duró la azarosa marcha del Emperador y su ejército hacia Querétaro. Seis días en que hubo que sortear peligros inminentes y combatir a guerrilleros liberales que, aislada u organizadamente, amenazaban la capital del agonizante Imperio.

En Cuautitlán se unió a la columna el ex-republicano general norteño Vidaurri y el príncipe Félix de Salm Salm, un prusiano que venía de servir en la guerra civil de Estados Unidos y deseaba correr la aventura de México con Maximiliano. Su nombre lo ha anotado la historia porque su esposa, la franco-neoyorkina Inés Leclerc, princesa de Salm Salm, a quien se atribuye una secreta pasión amorosa hacia Maximiliano, fue la que más luchó por salvarlo, arrodillándose ante Juárez en San Luis Potosí, sobornando a centinelas y ofreciéndosele aún al adusto y atónito general Escobedo para que le perdonase la vida al archiduque austriaco.

En San Juan del Río, Maximiliano dirigió una proclama al ejército, cuyo contenido no deja duda de que su deseo, al encabezar personalmente sus tropas, era el de pacificar el país. "Confiemos en Dios que protege y protegerá a México y combatamos bajo nuestra sagrada invocación: ¡Viva la Independencia!"

¡Paradoja increíble! Esas palabras podría haberlas pronunciado Juárez, o Porfirio Díaz, o Corona, y Escobedo. Pero las emitía